

JORGE URRUTIA BLONDEL

Por *Domingo Santa Cruz Wilson*

Hace casi tres años la Revista Musical Chilena tuvo la gentileza de consagrar un número prácticamente completo a mi caso musical, con motivo de haber entrado el autor de estas líneas a la década octogenaria *. Junto a excelentes perfiles trazados con mano maestra por el experto musicólogo y

* *R.M.Ch.*, XXXIII/146-147 (abril-septiembre, 1979).

buen amigo, hoy académico, el doctor Luis Merino, y por el simpático colega Daniel Quiroga, nuestro recordado amigo Jorge Urrutia Blondel colaboró por medio de una evocación plena de recuerdos y, lo que no podía faltar en él, llena también de gracia y remembranzas de un pasado siempre vivo para nosotros, a la que tituló "Domingo Santa Cruz Wilson, el hombre y el amigo".

Los azares de la vida nos llevan a cosas totalmente imprevistas, y que aun podríamos tener por absurdas, como es el que ahora me encuentre respondiéndole, no por los años que cumple en este mundo, sino porque muy pronto se enterará uno de su emigración a las regiones misteriosas del más allá. Pero, ¿estuvo del todo en este mundo Jorge Urrutia alguna vez, como cualquiera de nosotros? Yo diría que nunca. Desde que siendo casi un niño, joven de 19 años, apareció silenciosamente en la tarde del 1º de abril de 1924, en la antigua Biblioteca Nacional, entre los muchos que escucharon la convocatoria de la Sociedad Bach para constituirse en una entidad pública promotora de la cultura musical en su más amplio sentido, lo conocí siempre con cierto aire de pájaro extraviado —que él reconocía— y agregaba, lleno de malicia, citando a Pelléas, en el correcto francés de sus antepasados maternos, que era "un oiseau qui n'est pas d'ici", un pájaro que no es de aquí.

Nuestro joven y talentoso amigo se distinguió muy pronto por una gran cultura e inteligencia viva y chispeante. Poseído del verdadero espíritu generoso que nosotros buscábamos en la colaboración de los futuros integrantes del ambicioso coro mixto que proyectábamos, a poco andar, cantando música renacentista y coros del Oratorio de Navidad de Bach, Jorge Urrutia se fue integrando en forma tan extraordinaria a lo más íntimo y espiritual de nuestra acción que, al producirse, a fines de ese primer año de 1924, un problema interno (irregularidades de asistencia) que no tenía otra solución que el cambio de Director o el surgimiento, en el seno de la masa coral, de un núcleo escogidísimo de quienes poseyeran real amor por la música, el nombre de nuestro amigo saltó a un plano principal y fue designado miembro del primer directorio que la Sociedad Bach tuvo, una vez radicada en este mundo. Así lo atestigua una fotografía en la que se le ve junto a los más auténticos "Hermanos Bach", Carlos Humeres Solar y Luis Vergara Larraín, y también Eduardo Arrau Alliende. Por eso, en un párrafo de mis "Memorias", haciendo referencia a estos hechos, agrego que Jorge Urrutia, designado bibliotecario, llegó a ser "a lo largo de la vida, el más fiel y leal custodio del recuerdo de la Sociedad. Perviven en él, expresé, nuestro juvenil idealismo y nuestra auténtica musicalidad". Este espíritu escogido nos fue arrebatado hace casi un año, y con ello nuestra orfandad en este mundo no ha hecho sino crecer.

Jorge Urrutia escribió el artículo a que antes aludí expresando que se refería al hombre y al amigo; al enfocar ahora la ausencia del querido compañero, debo agregar que él merece ser destacado, aparte de esos mismos aspectos, por su talento musical, su vasta cultura humanística, su escrupulosa diligencia de investigador, maestría pedagógica, comunicativa simpatía salpicada de ingenio y, algo que la mayoría del grupo de que formábamos parte, por lo menos quien esto escribe, no sentíamos tanto, su devoción hacia el alma popular chilena, el auténtico folklore campesino. Por sus fueros luchó toda la vida, aún situándose, en fecha reciente, como un nuevo Don Quijote, frente al molino de viento del festival de Viña del Mar.

Recordar la gesta que representa la vida de Jorge Urrutia, nos llevaría a casi relatar la historia musical chilena de este siglo: no hay hecho significativo en que no esté implicado, y en muchas oportunidades desempeñando papeles protagónicos que su modestia, y quizá cierta timidez, pareciera que le obligaban a disimular. Profesor fue, y excelente, como lo testimonian numerosos alumnos suyos, hoy día compositores y maestros distinguidos.

Cabe, sin embargo, precisar algunas de estas participaciones esenciales de nuestro amigo. En 1928 se abrió un concurso público para enviar a Europa, con una beca estatal de completación de estudios por tres años, a un estudiante de composición, y el triunfador fue Jorge Urrutia. Personalmente, no sólo lo estimaba, sino que conocía su capacidad por haber hecho conmigo, en el año anterior, un acabadísimo estudio del contrapunto. A su regreso, luego de ser alumno de grandes profesores en Francia y Alemania, y adquirir, hecho un verdadero poliglota, todos los idiomas que su gran facilidad le hizo posible, pasó, como titular, a la docencia en las cátedras de Armonía y Composición del Conservatorio Nacional, e integró la Facultad de Bellas Artes. Es indispensable, también, recordar la participación que le cupo, en años posteriores, en la gestación del Instituto de Extensión Musical, piedra angular de nuestro desarrollo artístico. Al ser éste incorporado a la Universidad de Chile, y modificado su consejo directivo, la Facultad de Bellas Artes, que me correspondía presidir, y de la que pasó a formar parte el Instituto, eligió a Urrutia como uno de los dos delegados que debían integrar su dirección superior, manteniéndose en dichas funciones por muchos años. Es importante, del mismo modo, tener presente la extensa y sacrificada labor que Jorge Urrutia se impuso, sucesivamente, como miembro del Instituto de Investigaciones Folklóricas y de la entidad que lo reemplazó, el Instituto de Investigaciones Musicales. Todo lo anterior, sin referirnos a la decisiva importancia que tiene como creador en la música chilena. Campeón, no sólo decidido, sino que —como él decía— “enragé”, “enojado”, frente a la posposición y aún a la anulación de la

composición sería o de "arte mayor", como igualmente la llamó, en todos los niveles en que fuere menester hallarla presente.

La trayectoria que hemos diseñado determinó que la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile lo eligiera como Miembro de Número en el año 1969. Más adelante, en 1976, recibió el Premio Nacional de Arte, máximo galardón y consagración definitiva que nuestro país concede en el terreno de la cultura. El número 138, abril-junio de 1977, de la Revista Musical Chilena, está consagrado al estudio y a realzar la personalidad y la obra de Jorge Urrutia, en todos sus aspectos.

Jorge Urrutia no es uno de esos desaparecidos que se puede olvidar: su generosidad, su dinamismo, y hasta sus enojos, lo hacen seguir en este mundo, que supo habitar simultáneamente con el otro. Está presente, entonces, igual que antes: no ha muerto.